

Prólogo

Sombras largas vagaban por las altas paredes de la sala y se aferraban a los rincones como si fueran seres vivos. Solo se oía el ruido de las gotas de lluvia que tamborileaban, pesadas, contra el tejado y una pluma que rascaba el papel de vez en cuando. Un halo de luz solitario fluía de una lámpara vistosa colocada sobre el amplio escritorio de caoba. La mesa apenas se veía debajo de los libros, rollos de pergamino y folios que la cubrían. En torno a la mesa, pilas de oro y tesoros brillaban en la oscuridad. De repente, el personaje sentado en el escritorio se movió y se oyó un crujido. La pluma flotaba por la hoja y una caligrafía bonita se formaba en largos trazos.

Al final el personaje paró de escribir y colocó con cuidado la pluma en su soporte.

—Listo... —suspiró—. Una historia más que ve su fin.

Se recostó contra el respaldo blando de la silla y descansó la mirada en la pared que tenía delante, llena de pantallas. Pronto llegaría el día de la fiesta anual. La idea le hizo estremecerse.

Se oyó un tintineo entre las sombras. El ruido le despertó.

—Bienvenidos, amigos navegantes —susurró—. Acercaos a vuestro creador.

De la oscuridad emergieron figuras oscuras y largas. Habían sido construidas con metal y madera, y en vez de rostro tenían máscaras pintadas con mucho esmero para que parecieran expresiones humanas, todas diferentes. Primero se acercó una, luego otra más. En poco tiempo once figuras se habían alineado a lo largo del canto del escritorio.

—Los invitados llegarán dentro de dos días —dijo el personaje, despacio—. ¡Preparad la fiesta! —Un atisbo de miedo se le coló en la voz.

Se alejaron con una reverencia. El personaje les observó marchar, colocó un folio sobre el texto que acababa de escribir y lo selló con un símbolo. El símbolo era un anillo redondo.



Capítulo 1



Timmy estaba aburrido. Miraba fijamente a través de uno de los ojos de buey del submarino. Distráido, hacía girar con los dedos una y otra vez la llave que había encontrado en Sansoria mientras daba un sorbo a la séptima taza de té del día. El zumbido monótono del motor le cargaba la cabeza, no soportaba más aquel ruido.

Debajo de ellos las nubes altas empezaban a colorearse de rosa anaranjado y dorado a medida que la tarde se terminaba despacio. Timmy miró a sus amigos. Flores ocupaba el asiento del piloto y sujetaba los mandos dándole la espalda. A su lado, frente al cuadro de mandos, estaba Matilda, sentada con las piernas cruzadas. Aquel sitio se había convertido en su preferido y desde allí contemplaba con fascinación el mundo a su alrededor. No paraba de señalar aquí y allá y hacer todo tipo de preguntas. Isis se había acurrucado en el suelo y dormía la siesta. Pegado a su lado estaba Simon, tallando su retrato en un trozo de madera, una afición nueva que se le había ocurrido para hacer pasar el tiempo.



Su motivo favorito, o más bien hasta ahora su único motivo, era Isis. Timmy sonrió al mirar a su viejo amigo. Desde que se marcharon de Sansoria Isis y Simon se habían acercado cada vez más. Ahora ella hasta le reía los chistes malos y parecía que al menos le interesaban algo sus historias bobas.



Jasper y Kasper, los dos hermanos cerdos, se habían quedado en Sansoria para enseñar matemática avanzada. Aunque, pensó Timmy, lo más probable era que se pelearan más que enseñar, porque nunca conseguían llegar a la misma solución para los problemas matemáticos. Timmy les echaba de menos. Solo iban a estar fuera un trimestre, pero hasta eso se le hacía largo. Además de ser buenos matemáticos eran excelentes guerreros ninja y gente como ellos les hacía mucha falta en esta nueva aventura.

Timmy sopesaba si preparar aún más té, pero al mismo tiempo sabía que las hojas que se había traído de Elyzandrium hacía varias semanas se acabarían pronto, la miel también.

Llevaban ya muchos días volando a la caza del barco del Administrador sin ver siquiera una sola embarcación minúscula en el mar infinito debajo de ellos.

Este era el mar de Kettelhavet y, a pesar de que ahora todo parecía tranquilo, Timmy recordaba muy bien las advertencias de Alfred: el viento podía pasar de ser una brisa

suave a una tormenta feroz en unos pocos minutos y los arrecifes bajo la superficie eran afilados y traidores. Creaban corrientes tan fuertes que el mar, en un momento, podía transformarse en un torbellino que engullía los buques como si de merienda se tratara. Sin embargo, la peor de las advertencias era la del temible capitán pirata Maulbrigg y su salvaje tripulación —tipos espantosos conocidos por degollar, robar todo lo que uno poseía y marcharse navegando sin siquiera haber preguntado el nombre. Timmy intentó pensar en otra cosa.

La mirada buscaba el menor movimiento en el mar gris. Su cometido era encontrar al Administrador, el simio blanco que convirtió en esclavos al emperador Istradius y al pueblo de Sansoria con la ayuda del libro encantado. Los amigos habían acudido allí para ayudar, pero el hechizo también les había alcanzado a ellos. Solo la gran fantasía de Matilda pudo romper el hechizo y salvarlos a todos. No obstante, el Administrador se les había escapado en sus mismas narices y, lo más importante de todo, había robado *El rollo de pergamino del origen de todo*, que ahora tenían que recuperar a toda costa. Tenían que encontrarle, pero en el mar muy por debajo de ellos Timmy no veía más que las pequeñas crestas de espuma de las olas que se formaban al abrazar el viento la superficie del agua.

Para poder abarcar un espacio más vasto Flores sobrevolaba en movimientos grandes y envolventes, avanzando y retrocediendo por encima del mar en la dirección en la que pensaban que había huido el Administrador. Sabían

que iba a ser casi imposible encontrar un barco tan pequeño en un mar tan grande, así que también habían puesto en marcha una de las invenciones mágicas de Alfred: un pequeño aparato que podía detectar objetos en movimiento a varios kilómetros de distancia. Si avistaba algo sonaba un timbre y el objeto se mostraba en una pequeña pantalla como un punto verde que parpadeaba.

El aparato en realidad estaba concebido para ser utilizado bajo el agua y lo habían usado por primera vez después del encuentro aterrador con el monstruo marino Rupert, de camino a Sansoria. Luego, en el transformado avión-submarino, resultó ser igual o más útil si cabe, pero ahora no hacía ruido alguno. Funcionaba con tal sigilo que se empezaban a preguntar si marchaba como debía.

Timmy bostezó, estiró las patas traseras y abrió los dedos. Al final decidió prepararse un té. Mientras esperaba que el agua hirviera dijo en voz alta, para que se le oyera por encima del zumbido:

—Flores, ¿tú ves algo?

Ella se giró y movió la cabeza de lado a lado.

—Nada. Y en la pantalla tampoco.

Dio unos golpes sobre ella esperando que diera señales de vida. Matilda se inclinó sobre la pantalla y frunció el ceño.

—Así no se hace —dijo con tono de experta—. La magia no funciona así.

Matilda acarició la pantalla con las manos, pequeñas.

—*Así se hace* —dijo satisfecha.

Flores sonrió a la niña. Ella, como todos los demás, adoraba a Matilda. Después de que les hubiera salvado a todos con tanta valentía del hechizo malvado del Administrador los lazos con ella se habían fortalecido. También sabía, sin embargo, que tendría que volver a Elyzandrium con sus padres lo más pronto posible. Por aquel entonces debían estar muertos de preocupación.



Timmy se sirvió un poco de agua caliente en la taza, metió algunas hojas de té y acto seguido llenó la de Simon.

—Gracias —murmulló Simon.

El visón estaba sentado mirando hacia abajo, totalmente absorto en la escultura de Isis. Miraba con amor la chiquilla lémur, sobre todo la cola esponjosa, a rayas. Era especial, pensó. No se parecía en nada a las múltiples admiradoras que a menudo tenía que sacarse de encima. Aquellas chicas solo le querían por su pelaje lustroso, los dientes blancos brillantes o la ropa exquisita, pero a Isis no le importaba nada de todo aquello; a revés, era como si le gustara más con el pelaje revuelto o la ropa arrugada. ¡Qué extraño! A Simon no le importaba, claro, pero no acababa de entender por qué no le impresionaba su estilo.

Timmy probó el té y pensó en lo que *miss* Vinderfelt le había contado antes de que se fueran de Sansoria. Le había hablado de *El rollo de pergamino del origen de todo* y de la magnitud de la fuerza que vivía en él.

—Una fuerza que podía usarse de manera desafortunada si caía en las manos equivocadas —le dijo. El rollo de pergamino no sabe distinguir lo correcto de lo errado, tan solo existe, como ha hecho desde que hay humanos sobre la tierra. Es el lector el que tiene que decidir qué uso darle a su fuerza. —Lo que insinuaba era que en las manos equivocadas se podía usar tanto para hacer el bien como para hacer el mal—. Normalmente», la fuerza tiene que combinarse con otra cosa para que se libere totalmente, para que pueda florecer al máximo: una idea, una frase u otro texto

más. Y es el contenido de esa parte el que decide hacia qué lado el péndulo se mueve.

¿Oscilaría hacia el lado del bien o el del mal? Mientras Timmy reflexionaba sobre las palabras de *miss* Vinderfelt, sonó la campanilla del invento mágico de Alfred. Todos se giraron hacia él y vieron un punto pequeño parpadear frenético en la pequeña pantalla.



Capítulo 2

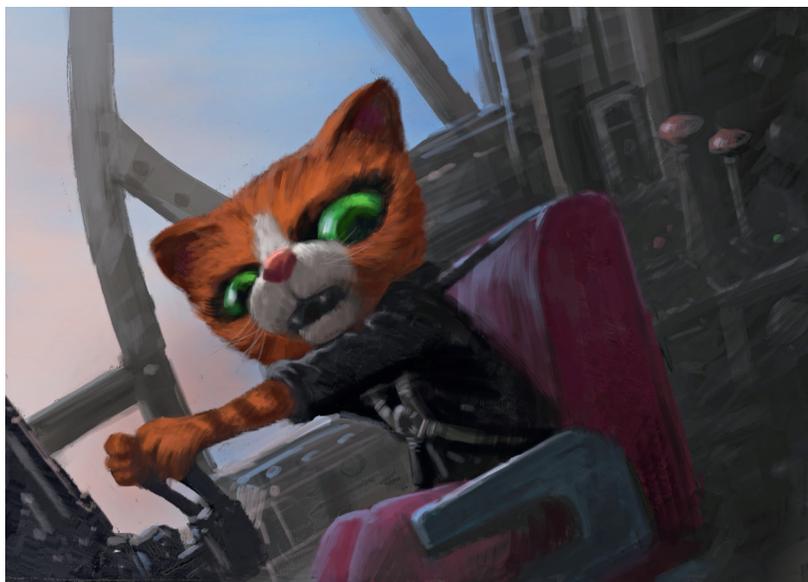


— ¡ Allí! —exclamó Flores señalando. Timmy se esforzó por poder distinguir algo. Casi anohecía, así que era algo difícil, pero a lo lejos, debajo de ellos, los últimos rayos de sol iluminaban algo: ¡un barco! Lo extraño era que no se movía. Estaba allí parado, en medio del mar.

El punto parpadeante del aparato de Alfred indicaba que había algo en el lado de estribor, a unos tres kilómetros. Al acercarse al barco Timmy empezó a cavilar. ¿Qué iban a hacer cuando encontraran al Administrador? La última vez que se vieron la cosa no había ido nada bien y ahora contaban con dos guerreros ninja menos.

El pronóstico era aún peor. Intentó ahogar el pánico y se aseguró de que llevaba el bastón ninja bien sujeto a la espalda y la cinta bien colocada en la frente.

—¡Cinturones de seguridad puestos, vamos! —ordenó Flores en voz alta al tiempo que llevaba las palancas hacia adelante para que el submarino-avión descendiera en picado.



Timmy y los demás se apresuraron a sus puestos y se sujetaron bien. A Timmy el estómago le dio una voltereta al iniciar el descenso. Isis y Simon se miraron fijamente y sonrieron nerviosos. Matilda profería gritos de júbilo.

Atravesaron las nubes al bajar y, durante varios minutos, no vieron nada más que blanco lechoso, pero al final llegaron al otro lado, no muy lejos del barco.

Al acercarse vieron que aquella no era la embarcación elegante, de carreras, en la que había huido el Administrador, sino que era otro tipo de barco. Era una barca de pesca, como las que solía haber en los pequeños pueblos de costa al oeste de las Montañas Negras. Sin embargo, esta estaba muy lejos de casa. Lo preocupante era que de la cubierta salía un humo espeso y negro. Parecía que estaba en apuros.



—¡No es él! ¡No es el barco del Administrador! —exclamó Timmy.

—¡Y parece que está en llamas! —completó Isis.

Flores lo sobrevoló dando círculos.

—Amerizo y le echamos un vistazo más de cerca, a lo mejor aún hay gente a bordo.

Voló trazando un amplio círculo con el morro hacia abajo. Con un gran capoteo y una sacudida el submarino-avión se posó sobre el agua. Flores redujo gas y lo llevó más cerca del barco. Casi no hacía viento y el humo negro formaba una niebla oscura a través de la que era difícil ver. Timmy corrió hacia la parte delantera del submarino-avión y observó.

—Acércate todo lo que puedas, Flores. Simon e Isis, tenemos que intentar saltar y subir a bordo. Matilda, tú te quedas con Flores.

Timmy se encaramó a la escalera y abrió la escotilla. Cuando el submarino-avión se acercó, se deslizó e intentó divisar algo a través de la niebla espesa. Se disipó un breve instante y pudo distinguir la cubierta. Lo raro era que el barco parecía en buenas condiciones si se ignoraba el hecho de que salía humo de un barril en la proa. Timmy vio algo que se movía y entornó los ojos para discernir lo que era. Fue entonces cuando lo distinguió: ¡había dos personas amarradas al mástil mayor! Cuando pudo ver de cerca se sorprendió. Primero, pensó que no lo había visto bien, pero cuando giraron los rostros hacia él no tuvo duda alguna, los reconoció: eran el pastelero de Elyzandrium y su

esposa. Otto y Eloise, ¡los padres de Matilda! ¿Cómo era aquello posible?

Un chillido fuerte se oyó cuando Matilda pudo verlos. Timmy saltó a la proa del submarino-avión y exclamó:

—¡Apárcalo al lado de la barca!

Flores movió rápido el pesado submarino-avión hasta que quedó colocado justo al lado de la barca de pesca. Cuando estuvieron lo suficiente cerca, Timmy, Simon e Isis saltaron a la cubierta y amarraron el submarino-avión a la borda. El humo pendía como un velo grueso sobre todos y todo. Flores y Matilda les siguieron y juntos los amigos se apresuraron a acercarse a Otto y a Eloise. Estaban atados uno a cada lado del ancho mástil, y cuando los amigos llegaron a ellos vieron que estaban amordazados. El terror les fulguraba en la mirada. La pequeña Matilda se apresuró a abrazar a su madre a través de las gruesas amarras, luego a su padre.

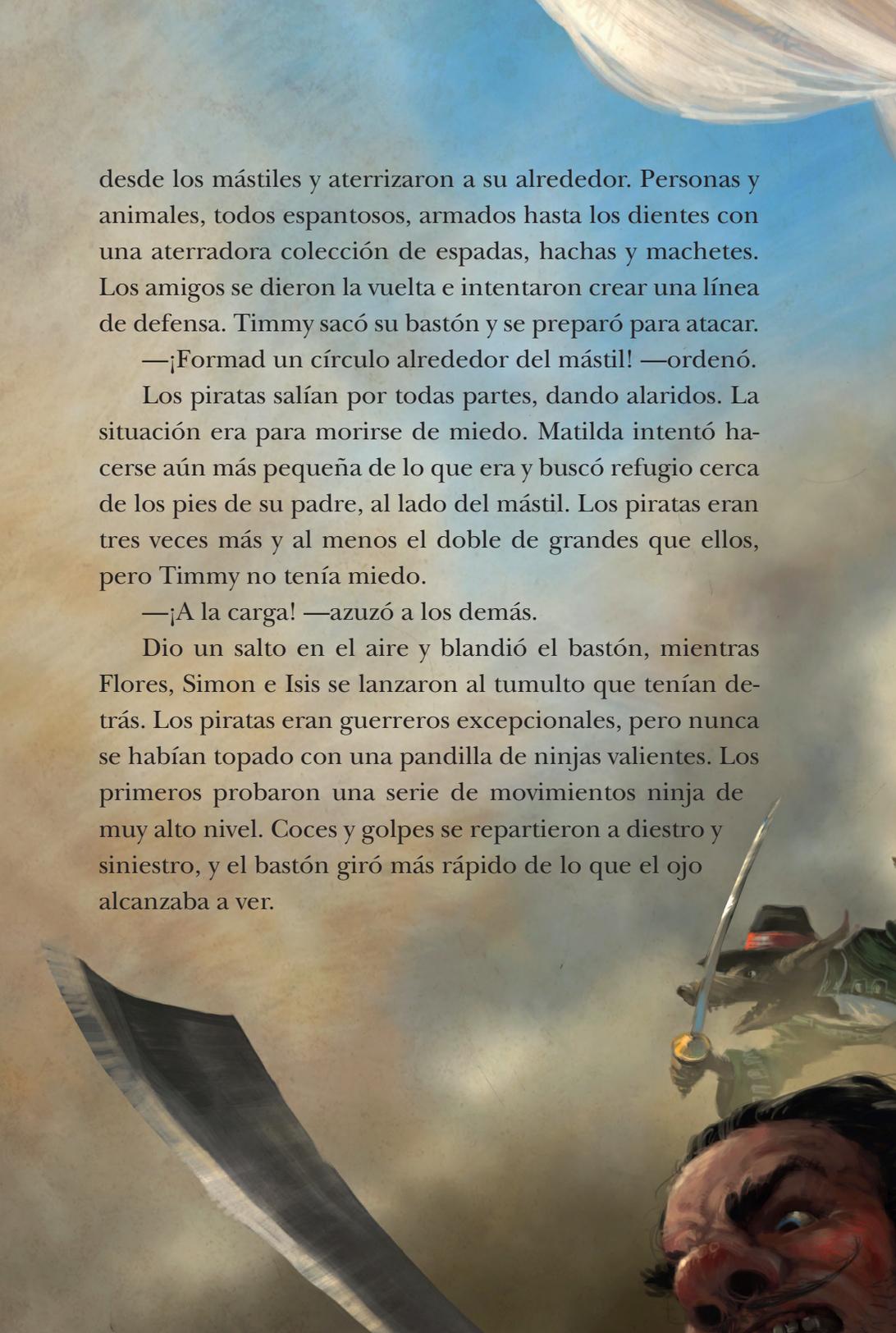
—¡Nos están intentando decir algo! —exclamó Timmy y corrió hasta ellos para bajarle la mordaza al padre del Matilda.

El pastelero respiró con dificultad y luego gritó:

—¡Es una trampa!

En ese momento vieron la silueta amenazadora de una nave gigante que emergía del humo. Se colocó a lo largo de la borda del submarino-avión y el casco de hierro rascó contra él con un golpe hueco, lo que bloqueó su salida. Un segundo después, antes de que nadie hubiera podido reaccionar, una docena de piratas se lanzaron con las cuerdas





desde los mástiles y aterrizaron a su alrededor. Personas y animales, todos espantosos, armados hasta los dientes con una aterradora colección de espadas, hachas y machetes. Los amigos se dieron la vuelta e intentaron crear una línea de defensa. Timmy sacó su bastón y se preparó para atacar.

—¡Formad un círculo alrededor del mástil! —ordenó.

Los piratas salían por todas partes, dando alaridos. La situación era para morir de miedo. Matilda intentó hacerse aún más pequeña de lo que era y buscó refugio cerca de los pies de su padre, al lado del mástil. Los piratas eran tres veces más y al menos el doble de grandes que ellos, pero Timmy no tenía miedo.

—¡A la carga! —azuzó a los demás.

Dio un salto en el aire y blandió el bastón, mientras Flores, Simon e Isis se lanzaron al tumulto que tenían detrás. Los piratas eran guerreros excepcionales, pero nunca se habían topado con una pandilla de ninjas valientes. Los primeros probaron una serie de movimientos ninja de muy alto nivel. Coces y golpes se repartieron a diestro y siniestro, y el bastón giró más rápido de lo que el ojo alcanzaba a ver.



Alcanzaron su objetivo varias veces y no tardaron en dejar a dos piratas fuera de combate. Cuatro más tuvieron que enfrentarse al ataque conjunto de Simon, Isis y Flores. El resto se tropezaron y cayeron hacia atrás, sorprendidos por aquella resistencia violenta.

—¡Mantened las posiciones! —gritó Flores.

Sin embargo, entre los piratas había uno que era más grande y rápido que los demás, una pantera con el pelaje negro y lustroso. Blandía una larga espada y en los ojos le brillaba la autoconfianza. La pantera se acercaba cada vez más y, al verlo, los otros piratas recobraron el ánimo. Sudorosos y malolientes atacaron a la pandilla de ninjas de nuevo, con sus armas en la mano. La lucha que vino a continuación fue intensa, con espadas blandidas, coces y golpes. En más de un momento Timmy sintió cómo una lama estaba punto de alcanzarle. Cayeron algunos piratas más, pero la pantera parecía incansable y se acercaba cada vez más. Les asediaron y fueron reduciendo cada vez más el círculo alrededor del mástil. Al final les rodearon por todos lados. Una docena de armas afiladas les apuntaban. Pronto les atravesarían y les pincharían a todos al mástil. Timmy pestañeó y se dijo que aquello debía ser el final. En ese instante se oyó una voz potente:

—¡Basta! —Era la pantera la que hablaba—. Dejad de resistiros y rendíos. Quizá entonces os dejemos vivir.

Capítulo 3



A Timmy en realidad le gustaba vivir, sobre todo después de todas las cosas por las que había pasado. Había vencido a un conejo azul malvado, había sobrevivido a un vuelo a través de la tormenta, había hecho un viaje submarino, se había visto las caras con un monstruo marino y había sido víctima de un hechizo que estuvo a punto de quitarle la imaginación, por nombrar algunas de las cosas que había vivido. Ser atravesado por un pirata parecía una manera bastante fútil y poco heroica de morir. También se dio cuenta de que seguir luchando sería una temeridad. Los piratas eran demasiados y habían decidido vencer. Quizá lo mejor sería intentar negociar.

—¿Qué queréis de nosotros, maleducados, malolientes, zarrapastrosos? —soltó irrefrenable. Hubiera tenido que usar un tono más suave a lo mejor. La pantera le respondió con una sonrisa burlona.

—Uhm... Vamos a ver, niño rico..., quizá ese bastón que llevas primero. Y está también ese barco sin vela, ese

también nos lo quedamos. Además de, nos imaginamos, ¡todo vuestro oro! Sabemos que sois ricos. Todos los que navegan por estas aguas en esta época del año lo son. Así que ¡sacad ya lo que tengáis!

Al oír Flores aquellas palabras que denigraban su fantástico submarino estuvo a punto de saltar y asestarle un golpe a la pantera, pero Simon y Timmy la sujetaron para que no lo hiciera. Los amigos se miraron. ¿Por qué diablos pensaba aquel pirata que eran ricos?

—¡No tenemos ningún dinero! ¡No tenemos oro!
—respondió Timmy.

—Escucha, minino, o nos dais vuestro dinero o voy a tener que llevaros al capitán Maulbrigg, que os arrojará por la borda. Y por lo que yo sé a los gatos no les gusta mucho el agua, ni los tiburones que en ella viven.

A ninguno de ellos les pareció que aquello sonara especialmente bien. Simon nunca se había topado con un tiburón, pero sospechaba que lo poco que había oído de ellos (que solían comerse a la gente) podía ser cierto. Decidió intentar ganar tiempo.

—¿Así que tú no eres el capitán Maulbrigg? —preguntó con todo el encanto que pudo reunir en la voz.

La pantera se echó a reír.

—Si lo hubiera sido y me hubieras respondido en ese tono ya habríais saltado por la borda. Soy Ester, primer segundo de abordó.

—¿Ester? —dijo Simon sorprendido—. Así que eres una chica...



—¡Pues claro que lo soy! —berreó Ester, con tanta fuerza que la saliva alcanzó la cara de Simon—. ¿Acaso no habíais visto antes una chica pantera antes?

Simon cayó en la cuenta de que no. También se percató de que su encanto habitual no iba a funcionar justo con aquella chica.

—No —dijo con una vocecita.

—Pues vaya, parece que voy a ser la primera y la última que conozcáis si no hacéis lo que os digo. —Los miró detenidamente—. ¿Por qué lleváis esa indumentaria tan ridícula, por cierto? ¿Y eso? ¿Son cintas eso que lleváis en la frente?

—Somos ninjas —lloriqueó Simon.

—¿Ninjas? He oído hablar de ellos. Los ninjas no son más que payasos torpes comparados con piratas. Y encima van vestidos de esa manera tan rara. Lo sabe todo el mundo —dijo Ester riendo.

Timmy vio que aquellas palabras enfurecían a Flores, aún más de lo que la habían enfurecido las humillaciones del submarino. Estaba a punto de abrir la boca para decir exactamente lo que le parecían los piratas cuando Timmy la golpeó en el lado.

—Tendremos nuestra oportunidad, pero no es ahora —le susurró.

Ester los escrutó con repugnancia de arriba abajo y luego siguió, impassible:

—O sea, que sois pobres ninjitas sin oro... Haced lo que queráis. Os voy a llevar al capitán entonces. Y tened



una cosa clara: no es tan comprensivo como yo. —Los otros piratas rieron a carcajadas.

Y ataron a los amigos. Los padres de Matilda presenciaron desesperados cómo rodeaban el cuerpo de su hija con cuerdas. En el momento en que los amigos eran arrastrados al barco pirata la tarde se convertía al fin en noche y encendieron antorchas.

Algunos piratas subieron a bordo del submarino-avión y desaparecieron dentro de él, pero cuando volvieron lo hicieron con cara de perplejidad: no entendían de ninguna manera cómo iban a hacer funcionar aquella extraña embarcación y decidieron llevarlo a remolque de la gran nave pirata junto con la barca de pescadores.

Encadenaron la pandilla a un anillo de metal sobre la amplia cubierta del barco pirata. Matilda estaba sentada acurrucada, cerca de su madre, e intentaban abrazarse la una a la otra como podían. Al fin podía Timmy preguntar cómo y Eloise habían acabado en la trampa de los piratas.

—Alfred vino a la pastelería —empezó Otto— con la preocupante noticia de que nuestra querida Matilda había desaparecido y seguramente estaba a bordo de un submarino camino de Sansoria.

Les explicó que iba a marcharse a buscarlos al día siguiente, pero que tenía que elegir el largo camino a través de las Montañas Negras para llegar al mar. Sería un viaje largo y peligroso, pero Otto y Eloise no dudaron ni un instante en unirse al viejo fabricante de juguetes. Estaban



preocupadísimos por su hija. Otto siguió explicando con el semblante serio:

—El camino por las montañas llevó muchos días, puesto que el viejo Alfred llevaba consigo una gran caja. Imaginamos que estaba llena de objetos mágicos. Al final llegamos a la costa, donde alquilamos este barco de pesca y pusimos rumbo a Sansoria. Al principio del viaje tuvimos buen tiempo, pero ya el segundo día empezó a soplar el viento y no tardamos en tener encima la tormenta. Los fuertes vientos azotaban la vela y tuvimos que luchar para mantenernos a flote. Durante varios días las fuertes tormentas nos arrastraron hacia el sur, empujándonos mar adentro en el mar Kettelhavet. —Otto enmudeció y les observó con firmeza.

—El séptimo día los vientos empezaron a menguar hasta extinguirse del todo. Habíamos llegado a un banco de niebla espesa. Durante varios días navegamos a la deriva y las velas colgaban flácidas. Alfred intentó hasta hacer magia para atraer los vientos, pero no escucharon. Éramos prisioneros en nuestra propia embarcación. Fue entonces cuando el capitán Maulbrigg y sus secuaces nos atacaron. No tuvimos ninguna salida. La niebla los ocultó y nos abor-daron en unos segundos.

Otto volvió a enmudecer, como si lo que se disponía a decir fuera aún más horripilante.

—Amigos míos..., sé que os unían lazos estrechos al fabricante de juguetes y temo que tengo noticias horribles. Todo fue muy caótico, ¿sabéis? Alfred estaba colgado sobre la borda para ver si podía hacer que las aguas se movieran.



Y cuando los piratas llegaron, pues, se precipitó al agua junto con la caja y todo. Entonces llegaron los tiburones... No pude mirar... Alfred se desvaneció. ¡Lo siento tanto!

Timmy sintió cómo se le hacía un nudo en el estómago al escuchar lo que decía Otto. No podía ser verdad. Alfred estaba muerto. Los ojos se le llenaron de lágrimas y al estar atado no las podía secar. Nunca en su vida había estado tan triste. Cuando miró a Simon, Flores y Matilda, advirtió que ellos también lloraban. Aquella era la peor noticia que podían haber recibido.

Apenados escucharon el resto del relato de Otto.

—Los piratas parece que esperaban encontrar oro, pero como no llevábamos discutieron largo y tendido sobre qué hacer conmigo y Eloise. Fuimos prisioneros durante dos días, pero entonces vieron vuestro avión y para obligaros a aterrizar nos amarraron al mástil y prendieron un barril con botas de agua para simular un incendio. Lo que pasó después, pues bueno, ya lo sabéis.

Todos se quedaron apesadumbrados y silenciosos, allí sentados, sin poder recuperarse de la pena y sin ni siquiera poder hacer preguntas.

La noche que les envolvía era negra. A través de las lágrimas Timmy no tardó en ver una luz que parpadeaba a lo lejos: tierra. Fue sin embargo lo único que tuvo tiempo de ver. Un pirata grueso con los dientes amarillos más feos que jamás había visto se abalanzó sobre ellos. Les vendó los ojos. El aliento maloliente envolvió a Timmy:

—¡Preparaos para vuestro fin, ninjas miedicas!